

COLOMBIA EN EL MUNDO Y LA OTRA BOLSA DE VALORES.

Reflexiones para una nueva **diplomacia pública y ciudadana**

La crisis migratoria en América Latina y su relación con la política estadounidense ha suscitado preguntas claves: *¿Cuál es la situación global en términos de la vida humana y no humana? ¿Cómo se inserta Colombia en este contexto? ¿Qué riesgos, retos y oportunidades enfrenta? Y, especialmente, ¿cómo afectan estos asuntos nuestras vidas cotidianas?* En un mundo interconectado y cambiante, estas cuestiones no son exclusivas de la geopolítica especializada, sino que atañen a toda la ciudadanía. En ese sentido, es fundamental pensar en la agenda del país en relación con el mundo contemporáneo, para discernir cómo los eventos y procesos globales inciden en nuestra vida pública compartida y viceversa: cómo podemos incidir desde nuestra comunidad nacional en el resto del mundo. Violencias e injusticias continúa postergando el camino hacia las transformaciones necesarias.

Recordemos que desde finales de los años ochenta del siglo pasado, la política internacional ha experimentado un cambio significativo a partir de la simbólica caída del muro de Berlín. La disolución de la bipolaridad de la Guerra Fría dio paso paulatino a una hegemonía económica dominada por conglomerados privados con influencia global. La política tradicional, representada por Estados y organismos multilaterales, ha perdido peso frente a intereses corporativos que moldean la economía, el comercio y la competencia tecnológica, instalando nuevos dispositivos autoritarios que asumen el rol de regulación – desregulación de la vida personal y colectiva. La idea progresista de una gobernanza multilateral basada en la realización de los derechos humanos y no humanos, enfrenta el retorno de disputas territoriales, imposiciones económicas y guerras comerciales impulsadas por la apropiación y el control de tecnologías emergentes y recursos estratégicos.

En ese horizonte nos preguntamos: *¿Estamos en un cambio de época societal? Sabemos que a estas alturas del reloj orbital, la crisis global desafía nuestras estructuras civilizatorias, generando riesgos ecosistémicos, fracturas territoriales y explosiones migratorias. La viabilidad de los Estados se ve amenazada por conflictos geopolíticos, inestabilidades económicas, desplazamientos territoriales demandas y contingencias ecológicas irresueltas. La necesidad de una mirada menos antropocéntrica choca con tendencias corporativistas, nacionalistas y expansionistas, que ignoran la urgencia de soluciones cooperativas y solidarias y fortalecen las salidas excluyentes.*



En medio de un proceso de aceleración de los ritmos de vida actuales, tan obsesionados con el ideal de crecimiento y acumulación material, el siglo XXI ha traído un nuevo contexto en las relaciones internacionales. Quizás desde el 11 de septiembre del 2001, con la destrucción de las torres gemelas y en medio del crecimiento de la deuda pública estadounidense, fueron emergiendo nuevas tensiones geopolíticas con China y Rusia; el mundo se ha convertido en un escenario de competencia comercial y territorial absolutamente accidentado. En las últimas décadas, el multilateralismo ha demostrado sus límites, mientras que conflictos en Medio Oriente, Ucrania, Venezuela y Haití -para solo nombrar algunas conflagraciones, dos de ellas en América Latina-, evidencian la radicalización del armamentismo y los desplazamientos forzados. La crisis climática añade una capa adicional de incertidumbre, amenazando la estabilidad global y la vida toda.

En ese contexto, Colombia ha tenido un papel fluctuante en la política internacional. Recordemos que en el siglo XIX, buscó principalmente reconocimiento y alianzas para organizarse como nueva nación; en el XX, tras la pérdida de Panamá, se alineó con los intereses de Estados Unidos sin un análisis crítico de sus propias prioridades. Esta tendencia ha perpetuado una visión economicista de las relaciones internacionales, con poco interés en una agenda autónoma y de integración regional. La preocupación por el desarrollo económico ha eclipsado debates sobre justicia social, sostenibilidad y soberanía territorial; haciendo que en un siglo además de perder a Panamá hayamos perdido franjas de territorio con Perú y Venezuela, y de mar con Nicaragua.

A propósito de esas pérdidas de soberanía cíclicas, es relevante la histórica desatención de Colombia a su estrategia fronteriza. Esta falta de iniciativa para integrar y proteger, territorios y poblaciones, compromete nuestra capacidad para enfrentar problemas endémicos como la violencia, el narcotráfico y la corrupción. A pesar de ello, han existido intentos de una diplomacia alternativa: la política de no alineados en los años ochenta, la participación en algunos esfuerzos de integración regional, las experiencias de diplomacia para la paz y el esfuerzo por internacionalizar la protección de nuestros ecosistemas estratégicos en la Amazonía, la Orinoquía, los páramos y el Chocó biogeográfico en el Pacífico. Sin embargo, estas iniciativas han carecido de continuidad y sostenibilidad, quedando atrapadas en la superficialidad de un discurso más bien mediático, sin suficientes acciones concretas y bajo la influencia de estrategias internacionales hegemónicas.

Situados en esas tendencias históricas, es posible comprender que la posesión por segunda vez de Donald Trump como presidente de los EEUU, reforzando una narrativa autoritaria y excluyente en la política internacional, tiene implicaciones directas para Colombia. La polarización global ya no es solo ideológica, sino que responde a la imposición de medidas desequilibradas que buscan establecer nuevas formas de acumulación de capital en todo el planeta, erosionando el multilateralismo y limitando los mecanismos de regulación internacional. Frente a esta circunstancia es evidente la necesidad de construir un nuevo equilibrio global; este reto urgente requiere estrategias democráticas y cooperativas debidamente planeadas y concertadas internamente.



En este periodo reciente, los anuncios y las gestiones del gobierno actual han sido variados: la tarea diplomática de la paz que fue retomada de periodos anteriores, los compromisos internacionales para la protección de la vida que confluyeron en torno a la realización de la COP16, el reciente impulso al ecoturismo, difundido en torno a la marca del país de la belleza, son asuntos y énfasis que se han enunciado, pero que aún no tienen niveles importantes de concreción que permitan evidenciar caminos más tangibles; quizás es necesario reconocer que falta mayor aplicación a procesos, estrategias y resultados concretos en este periodo. En todo caso aunque hay tendencias y disputas de propósito y sentido, no todo está dictaminado y el país demanda una agenda pública de mayores resultados para el año y medio que falta por desarrollar al actual gobierno; es fundamental que se puedan discernir en ese contexto, las claves para hacerle frente a un proyecto retrógrado en el campo internacional, identificando cuáles son los parlamentos, los debates, las estrategias, las tecnologías y las acciones adecuadas para propugnar por otro modelo de país y de mundo, basado en la cooperación y la solidaridad global.

Ante los retos que se presentan es esencial fortalecer las fronteras, la integración Latinoamericana y una agenda global que responda a la crisis civilizatoria y de la sostenibilidad de la vida. En un mundo dominado por poderes privados, la acción territorial es fundamental para avanzar hacia una política internacional autónoma, es necesario construir otra bolsa de valores que supere la alienación mercantil y fomente una diplomacia de la esperanza. Esto implica desarrollar modelos de economía solidaria, educación ciudadana para la protección de la vida toda y nuevas formas de convivencia humana y no humana, alejadas de la competencia y el militarismo.

Es fundamental insistir en el criterio de que en estos asuntos la ciudadanía también juega un papel clave para la construcción de una diplomacia pública que priorice el buen vivir local y regional. *¿Qué podemos hacer desde nuestros entornos de habitación frente a los síntomas de crisis civilizatoria? ¿Qué repertorio ciudadano tenemos a la mano?* Podemos remarcar algunas alternativas: es fundamental insistir en no alinearnos en violencias de ningún tipo, en promover las economías y el comercio alternativo insistiendo en potenciar una zona común desde América Latina, en recuperar un sentido de vecindario en los territorios y las fronteras, haciéndolos lugares abiertos a la diferencia y sagrados para la vida...

¿cuáles otras opciones hay que sean plausibles?.-

¡Conversemos!

